

EDITORIAL

El taxi en Málaga

LA problemática del taxi tiende a ser considerada una cuestión menor, sin el impacto social y desde luego sin el relieve político de otros asuntos con mayor envergadura y un interés público fuera de toda duda; y sin embargo, aun siendo así, hay razones para no desdeñar o minusvalorar este asunto. El taxi tiene impacto, al menos, en tres planos apreciables: en la imagen del lugar, en la eficiencia de la movilidad y en la calidad del servicio público. Esos tres planos no son, ninguno de ellos, precisamente de menor cuantía.

El taxi constituye una de las primeras imágenes que el viajero recibe e interioriza al llegar a un destino, como el propio aeropuerto o la estación. Para un destino turístico de primer nivel como la Costa del Sol y una ciudad que aspira a consolidarse como destino del turismo urbano –identificada por Exceltur como la capital de mayor crecimiento en España en ese segmento– no cabe menospreciar el efecto lesivo de algunas prácticas lamentables en el servicio de taxi que perjudican el interés colectivo puesto que el descontento hace después el viaje de vuelta. Naturalmente no sólo se trata de valorar esa primera impresión sino el día a día; pero esa primera impresión sin duda resulta determinante.

Este servicio conecta asimismo con la eficiencia de la movilidad. Aunque se trate de un apéndice complementario en el sistema de transporte, en definitiva el taxi forma parte de éste y cabe exigir que su rendimiento se ajuste a los estándares que se le reclama al autobús o al tren de cercanías, o al metro en el futuro, como extensiones locales para los grandes medios: línea AVE, el aeropuerto ampliado y los cruceros. La eficiencia de la movilidad no se mide en kilómetros de alta velocidad ferroviaria o de vuelos, sino por el funcionamiento sistémico.

Pero, sobre todo, el taxi es un servicio público; y ésta constituye la clave central para abordar el problema. La capacidad de presión del sector no puede seguir proporcionándoles cobertura para prolongar unas irregularidades incompatibles con un servicio público. Sin duda el taxi se enfrenta a problemas que debilitan su funcionamiento –intrusismo o falta de control– y a dificultades que requieren soluciones. De hecho, en Málaga acaban de lograr una compensación por salir a la madrugada, horario en el que había un déficit serio de coches en contradicción con las campañas oficiales.

Pero la capacidad de presión del taxi no puede convertirse en una patente de corso para prolongar la desatención en los recorridos cortos y el mal trato a los viajeros.

En cualquier caso, una sociedad puede considerarse cualificada no cuando está en condiciones de presumir de algún servicio público óptimo sino de un funcionamiento generalizadamente bueno de todos sus servicios públicos. El taxi es uno de ellos, y hay que exigir al sector, y a la administración, que no haya tolerancia con los abusos y sobre todo que no se siga contemporizando sin atajar unas patologías sobradamente identificadas.